ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

LA AMAZONA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON FEDERICO JAQUES

MÚSICA DE

DON ANGEL RUBIO Y DON JUAN G. CATALA

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1890

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
704

LA AMAZONA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA AMAZONA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON FEDERICO JAQUES

MÚSICA DE

DON ANGEL RUBIO y DON JUAN G. CATALÁ

Estrenado en el TEATRO DE MARAVILLAS la noche del 2 de Julio de 1890

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1890

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VALENTINA	Sra. D.ª Cándida Folgado.
MERCEDES	» Francisca Ruiz.
RITA	Srta. D.ª Concepción Franco.
RUFA	» Valentina Mantilla.
PRISCA	» N. Peade.
TRINA	» N. Martínez.
BRUNA	» Julia Porta.
CARLOS	Sr. D. Jaime Ripoll.
ZACARIAS	» Servando Cerbon.
DON TRIFON	» Julián Jimeno.
DON LESMES	» Agustín Dorado.
UN CRIADO	» Ramiro Toha.
UN CAZADOR	» N. N.

Cazadores, invitados, criados

ÉPOCA ACTUAL

Por derecha é izquierda entiéndase las del actor

ACTO ÚNICO

Salón, peristilo de una lujosa casa de campo. En el foro gran puerta en el centro, y á los lados de ésta dos grandes ventanas. Detrás jardín. Puertas laterales. En las paredes, panoplias con armas, efectos de caza y cabezas de venados. Muebles apropiados á la decoración.

ESCENA PRIMERA

CARLOS, MERCEDES y dos criados

Al levantarse el telón aparece Mercedes sentada y Carlos entrando en escena por la derecha. Se detiene en la puerta y habla, dirigiéndose á los criados que están dentro

Hablado

CAR. Así está bien. (Los criados entran en escena.)
CRIADO ¿Tienen más
que mandar los señoritos?
CAR. No. Tenga usted. (Dándole una moneda.)
CRIADO Muchas gracias.
CAR. Adiós.
CRIADO Pues, con su permiso...
(Los dos criados se van por el foro.)
CAR. Ya está el piano. (A Mercedes.)
MERC. Buen obsequio
para mi prima.
CAR. (Sentándose al lado de Mercedes.)
Lo mismo

722289

que mandarle dos pistolas
de regalo á un Santo Cristo.

MERC. ¡Pero, hombre, á quién se le ocurre!...

CAR. Pues á mí se me ha ocurrido.
Hace ya más de diez años
que nos separó el destino.
Yo me marché á la Florida,
como usted sabe. Mi tío,
enfermo, viejo, achacoso,
sin parientes y muy rico,
me llamaba con urgencia,
y acudir me fué preciso.
¡Triste fué la despedida!
¡Qué juramentos hicimos!
Y Valentina, ¡qué pronto
los dió todos al olvido!

MERC. ¿Y qué quiere V. que hiciera?
Murió su madre, su primo;
usted, no pudo ampararla;
el general, fiel amigo
de su padre, era muy viejo,
y al darla su mano, quiso
que su fortuna y su nombre
la pusieran al abrigo
de la orfandad y miseria,
que tiene tantos peligros.

CAR. Es verdad. Yo reconozco
que el general fué hombre digno.
Cumplió como un caballero.
No hay muchos que hagan lo mismo.

MERC. Valentina no podía
rehusar.

CAR. Ya lo concibo.
Jamás la hice ningún cargo.
Se casó. Sufrí el martirio
seis años. Supe la muerte
del general, y he tenido
dos años más de paciencia,
por el respeto preciso
al luto de Valentina.
Por fin, á la viuda escribo,
y la viuda me contesta
que su amor por mí es el mismo
que me juró á mi partida.

Muerto ya mi pobre tío,
regreso en seguida á España,
lleno de fé y de cariño,
pensando en aquella niña
de rubios y hermosos rizos,
que con sus ojos azules
y su caracter dulcísimo,
parecíase á una Virgen
de las que pintó Murillo.
Pensando en sus aficiones,
recordé que su delirio
era la música, y tuve
el desdichado capricho
de regalarla ese piano.
Me equivoqué. Ya lo he visto.

MERC. Y verlo necesitaba;
pues si á usted le hubieran dicho
lo que Valentina es hoy...

CAR. Jamás hubiera yo creido
que de aquella sensitiva
que la asustaba un mosquito,
un marimacho saliera,
que anda por el monte á tiros
y maneja los caballos,
carabinas y cuchillos,
con más valor y destreza
que en América los indios.

MERC. Pues tiene su fundamento,
y es el caso muy sencillo.
Valentina era muy niña,
y el general, su marido,
que tenía por la caza
un desatinado vicio,
y que era un viejo algo raro
y egoista por instinto,
la trajo á vivir al pueblo
y la llevaba consigo
á cazar, todos los días.
Esto la causó al principio
aversión, sustos y llantos;
pero impuesto el sacrificio,
aislada de todo el mundo
y viendo siempre lo mismo,
llegó á serla soportable

lo que empezó por martirio;
después fué ya una costumbre,
y por fin, lo que usté ha visto.
Una pasión delirante
que yo vencer no he podido.

CAR. Difícil es que la pierda.

MERC. El amor hace prodigios.

CAR. Es posible. Pero dudo
que pueda hacerlos el mío.
Después de tan larga ausencia,
hoy, al verme, sí me dijo
que siempre me profesaba
el entrañable cariño
que me juró, mas, de pronto,
sin escuchar lo que digo,
descuelga una carabina,
se pone un puñal al cinto
y se despide, diciendo
que va á tirar cuatro tiros
al monte, donde la esperan
no sé qué clase de amigos.
Figúrese usted mi asombro
cual sería.

MERC. Lo imagino.
Todo eso tiene remedio.
Ya cambiará.

CAR. Desconfío.

(Zacarías, en traje de señorito de pueblo, aparece en el foro.)

ESCENA II

DICHOS, ZACARÍAS

Zacarías, á la puerta del foro, disputa con una persona, que figura estar en el jardín.

ZAC. ¡Es usted un botentote!
¡Es usted un animal!

CAR. ¿Qué sucede? (A Mercedes.)

MERC. (Viendo á Zacarías.) ¡Zacarías!

ZAC. Por aquí puedo yo entrar
y por donde se me antoje.

¡Pues no me faltaba mas!
(Se sacude el polvo, se arregla la corbata, se estira los guantes, y entra en el salón. Entre tanto dice Mercedes á Carlos.)

MERC. Un ricacho de este pueblo,
medio imbécil, que le dá
por hacer á Valentina
el amor.

CAR. ¡Lindo rival!

Música

ZAC. Hace tiempo: y es Mercedes buen testigo,
yo soy el amigo
que más viene aquí,
y la dueña de ésta casa me agasaja,
llamándome alhaja,
Narciso y titi.

CAR. Todo lo merece,
que es usted muy listo
y joven y guapo,
buen mozo y muy pillo
Usted viste mucho
y viste muy bien
y tiene un talento
que no se le vé.

ZAC. ¿Que no se me vé?

MERC. } Que no se le vé.
CAR. }

CAR. Si á usted Valentina
le atrapa, logró
cobrar una pieza
de caza mayor.

ZAC. Ella es la que gana,
si me atrapa á mi.

MERC. } Es el evangelio.
CAR. } Ya se vé que sí.

ZAC. Yo soy un chico joven, con dinero,
muy guapo, soltero,
sin colocación.
Yo estreno al año doce pantalones,
chisteras, bastones,
voy hecho un milord.

Yo quiero á Valentina hacer dichosa,
por eso mi esposa
muy pronto será.
Y quiero que me dejen libre el paso
y haciéndome caso
me dejen entrar.

MERC. Tiene razón.
CAR. Dice muy bien.
MERC. } Es muy justo y razonable
CAR. } lo que pide usté.

TERCETO

ZAC. No hay en el pueblo
quien valga más,
porque es muy rico
mi papá.
Tengo figura
muy regular.
Visto muy bien,
soy un truhán,
y me llaman, por mal mote,
el hermoso del lugar.

MERC. } Es medio imbécil;
CAR. } bien claro está.
No he visto nunca
otro ejemplar.
¡Vaya una facha!
¡Qué atrocidad!
Risa dá ver
á éste gañán,
que se llama el mejor mozo
y el más rico del lugar.

Hablado

MERC. (A Carlos.)
Este nos puede servir
para comenzar el plan.
ZAC. Conque ustedes mandarán
que cuando vuelva á venir
no se opongan á mi paso.
¿Verdad?
MERC. Sí que lo diré.
ZAC. Porque, figúrese usté

que yo, mañana me caso
con ella; no es regular
que siendo en la casa el dueño,
sigan con el mismo empeño
de no dejarme pasar.

CAR. ¿Es decir, que viento en popa
va usted en sus pretensiones?

ZAC. Como tengo estas facciones
y gasto tan buena ropa,
me dirá que sí al instante
Valentina, como todas.
Amigo, las buenas bodas
escasean hoy bastante.
Mi papá, todos los días
me dice, y tiene razón,
que no hay una proporción
como su hijo Zacarías.

MERC. Y dice muy bien papá.
Es muy dócil. (A Carlos.)

CAR. (A Mercedes.) Y muy gamso.

ZAC. Sí, señor; yo soy muy manso.

CAR. Pues usted se casará.

ZAC. Cuanto más pronto mejor.
Así no quiero vivir.
Si ya no puedo salir
á la calle. No señor.
Las chicas por mis pedazos
tienen todas tanto afán,
que así que me ven, ya están
echándome unos ojazos!...
Y no sólo las solteras,
hasta mujeres casadas
he tenido enamoradas
de mí, lo mismo que fieras.

CAR. ¡Caracoles!

MER. ¡Las hechiz...!

ZAC. Me tienen comprometido.
No hace mucho que un marido
me arrugó de una paliza.

CAR. Tiene gracia.

MERC. Es muy gracioso.

ZAC. Verá usté el inconveniente
de que me llame la gente
Zacarías el hermoso.

La mujer del majadero
que me pegó, acostumbraba
á decir, cuando soñaba:
«¡Hermoso, cuánto te quiero!»
Lo oyó el marido cerril;
á palos me estropeó,
y el hermoso no era yo.

CAR. ¿Quién era?

ZAC. Un guardia civil.
¿Ha visto usted, caballero?
No sé cómo en bien escapo.
¡Ya no se puede ser guapo!

CAR. (Imbécil de cuerpo entero.)

MERC. Vaya con don Zacarías.

ZAC. ¿Conque, Valentina?...

MERC. Se ha ido
de caza.

ZAC. Pues yo he venido,
porque como son sus días...

MERC. Viene usté oportunamente,
porque esta noche pensamos
dar una fiesta, y contamos...

ZAC. Conmigo. Naturalmente.

MERC. Y quisiéramos que usté,
que cuenta con relaciones,
haga las invitaciones
en nuestro nombre.

ZAC. Lo haré.
Me voy á poner el *frú*.

MERC. No es preciso.

ZAC. ¿Por qué no?
Tengo nuevo el que estrenó
en su boda mi papá,
y yo lucirlo quisiera.

CAR. Va usted á quedar lucido.

ZAC. Pues claro. ¿Y á quién convido?

MERC. A todos los que usted quiera.

ZAC. Yo escogeré. Adiós, Mercedes.
(Dando la mano a Carlos.)
Zacarías Pernicioso.
Por otro nombre, el Hermoso.
Estoy á los pies de ustedes. (Se va por el foro.)

CAR. ¡Qué mozo! Valiente cruz
es sufrir á ese hotentote.

MERC. ¡Pobrecito!
CAR. ¡Pobre zote!
mejor dicho, ¡qué abestruz!
MERC. Sirve á nuestro plan así.
CAR. No sé lo que usté imagina.
MERC. Muy fácil, que Valentina
se encuentre de pronto aquí
con música, baile y fiesta.
Tal vez estas diversiones
mitiguen sus aficiones.
CAR. Al contrario, las detesta.
Para ella, la realidad
de la vida es su afición.
MERC. Pero tiene corazón
y le ama á usted. ¿No es verdad?
Pues más no se necesita
para cortarla los vuelos.
CAR. No sé cómo.
MERC. Con los celos.
(Rita entra por la otra.)
CAR. ¿Qué dice usted?
MERC. (Viendo á Rita.) Luego. ¡Rita!

ESCENA III

DICHOS y RITA

RITA Mande usted.
MERC. Con los muchachos
arregle usted esa sala
en seguida. (Por la de la derecha.)
RITA Si ya está.
La arreglo por la mañana.
MERC. No es eso lo que la digo.
Cuide usted que las arañas
tengan bujías. Los muebles
que hay en el centro, los sacan
y encienda usté, al ser de noche,
que tenemos baile en casa.
A ver cómo se hace todo
sin que se entere de nada,
hasta el momento preciso,
la señora.

RITA ¡Virgen Santa!
¡A tiros deshace el baile!
Ya verá usted la que se arma.
MERC. No hay cuidado. Yo respondo.
RITA Bien está. Si usted lo manda...
MERC. Ha de ser pronto.
RITA En seguida.
(Se va por la derecha.)
CAR (Desde el foro.) Ya regresa de la caza.
(Varios criados, con caza muerta, y conduciendo otros la jauría de perros, lebreles y podencos, se les ve atravesar por el foro de izquierda a derecha.)
MERC. Hoy el día ha sido bueno.
CAR. (Mirando hacia la izquierda del jardín.)
¿Con quién viene?
MERC La acompañan
los de siempre. Sus amigos
los cazadores.
CAR. ¡Qué fachas!
MERC. Vamos á acordar nosotros
nuestros planes de campaña.
(Se van por la derecha.)

ESCENA IV

VALENTINA y CAZADORES

Música

(Entran los Cazadores por el foro izquierda. Despues Valentina, en traje de caza, con escopeta y enseres propios de un cazador.)

CAZADOR Se acabó la montería.
De regreso estamos ya.
Hoy ha sido bueno el día,
otro igual no se verá.
Acertados estuvimos.
Buena suerte nos guió,
que la res que á tiro vimos
al instante se cobró.

—

VAL. Buena fué, compañeros, la jornada.
La fortuna bien nos protegió.

Cada pieza de un tiro rematada.
Cuanto vimos salir se cobró.
Con vosotros la fiesta, compañeros,
provechosa fué, que en realidad,
nunca he visto disparos más certeros,
ni soñé mayor habilidad.
Esta es la vida
que entiendo yo:
montar á caballo
y ser cazador;
hábilmente las armas de fuego
saber manejar,
y con buena escopeta y mis perros
salir á cazar.

—

CAZADOR Esta es la vida
que entiendo yo, etc.

—

VAL. Dominar el caballo más fogoso,
apearse en el monte después,
y seguir á los perros sin reposo,
y matar de un balazo una res.
En el mundo no hay dicha más completa,
ni delicia, ni goce mayor,
que saber manejar una escopeta
y á caballo montar con primor.
Esta es la vida
que entiendo yo:
montar á caballo
y ser cazador;
hábilmente las armas de fuego
saber manejar,
y con buena escopeta y mis perros
salir á cazar.

—

CAZADOR Esta es la vida
que entiendo yo, etc.

(Carlos aparece en la puerta de la derecha.)

Hablado

VAL. Muchas gracias, compañeros.
Mañana, al rayar la aurora,

puntuales en los linderos
del soto. ¿Eh?

CAZADOR — Sí, señora.
No tendrá usted que esperar.
Ya conoce usté á la gente.

VAL. — Es cierto. Pues descansar,
y hasta mañana.

CAZADOR — Igualmente.

(Se van los Cazadores por el foro izquierda. La orquesta repite el estribillo del número anterior. Carlos contempla á Valentina, que acompaña á los Cazadores hasta el foro.)

ESCENA V

VALENTINA y CARLOS

Hablado

CAR. — Lo estoy viendo y no lo creo.

VAL. — ¡Carlos!

CAR. — No puedo creer
en nada de lo que veo.

VAL. — ¿Qué te extraña?

CAR. — Ese jaleo
no es propio de una mujer.

VAL. — De las que hoy el mundo gasta,
¿verdad? Tal es mi opinión.
Pero yo soy de otra pasta...

CAR. — Pues reniegas de tu casta.

VAL. — Puede que tengas razón.

CAR. — ¿Dónde has visto tú señoras
con escopetas y perros,
ni mujeres cazadoras
que á tiros pasen las horas
por los montes y los cerros?

VAL. — Yo no sé si á las mujeres
las agrada ó las disgusta;
pero yo encuentro placeres
en esta vida...

CAR. — ¿Y prefieres...?

VAL. — Prefiero lo que me gusta.
Lo que á tí te gustaría

si te vieras en la lucha
de una buena montería.
¿Viste alguna?

CAR. No, hija mía,
no la he visto.

VAL. Pues escucha:
Figúrate, al divisar
el sol en el horizonte,
que te vienen á buscar
tus amigos, para dar
una batida en el monte.
Como lista has de tener
la escopeta y munición,
y los perros lo han de oler,
pronto te puedes poner
en marcha. ¡Qué animación!
Se llega al monte de un salto,
y satisfecha la gente,
encuentra pronto una fuente
y se hace allí el primer alto.
Como el apetito impera
siempre al final del camino,
recostado en la pradera,
tomas una friolera
y un par de tragos de vino.
Y á su puesto cada cual
se marchan los cazadores,
que ya dieron la señal,
y de jaral en jaral
en ala los ojeadores,
desde allá lejos, gritando,
vienen haciéndose plaza,
por los jarales saltando,
y de esta manera echando
hacia los puestos la caza.
Y tú en el tuyo escondido
tras el zarzal que te ampara,
estás alerta el oído,
y al sentir el menor ruído,
con la escopeta á la cara.
De pronto, de un matorral
salta un corzo, hacia tí viene.
pero luego el animal
presiente sin duda el mal,

y un momento se detiene.
Mira inquieto, se endereza,
el suelo escarban sus patas,
tú aprovechas su torpeza,
le apuntas á la cabeza
y de un balazo le matas.
No puede en el mundo haber
un entusiasmo mayor,
ni alegría, ni placer,
cual los que logra tener
entonces el cazador.
¿Dónde hay goce semejante?
¿Dónde se puede encontrar
una pasión dominante,
que avasalle en un instante
y que llegue á entusiasmar,
cual la caza? Yo no creo
que dé la dicha completa
y satisfaga el deseo
más que el tollo y el ojeo,
los perros y la escopeta.

CAR. Otros goces la mujer
en el mundo ha de encontrar
si cumple con su deber.

VAL. No los llegué á conocer.
¿Cuales son?

CAR. Los del hogar.
Figúrate una morada...
No como ésta, de otras hablo;
la de una mujer casada,
que nunca tuvo olvidada
la epístola de San Pablo.
No hay, como éste, allí un museo;
si tiene alguno es cerámico;
pero no tendrá un trofeo
(Señalando á la cabeza de un ciervo de las que habra en las panoplias de la pared.)
como aquel. No es que sea feo,
es que es poco epitalámico.
No verás allí escopetas;
en cambio, suele tener
espejos, cuadros, tarjetas,
pájaros, flores, macetas,
chucherías de mujer,

que constituyen su encanto
y cuida con gran cariño,
por supuesto, mientras tanto
que en aquella casa el llanto
no se oye del primer niño;
porque entonces ya varía
de aspecto, pues su fortuna,
su afición y su alegría,
todo está desde aquel día
tan solamente en la cuna,
que no la impide atender
á un tiempo al hijo y al padre,
como cumple á la mujer
que ante todo, sabe ser
buena esposa y buena madre.
Estas son las aficiones
que cuadran á las mujeres;
las tuyas son pretensiones
fundadas en ilusiones
prendidas con alfileres,
que llegarás á perder
porque te han de dar empacho,
y porque has de comprender
que yo no puedo tener
por esposa á un marimacho.

VAL. No has estado muy correcto,
ni muy galante conmigo.

CAR. No lo habré estado, en efecto,
pero yo tengo el defecto
que lo que siento lo digo.

VAL. A mí me sucede igual.
Yo soy muy franca también;
la caza es mi bello ideal
¿A tí te parece mal?
Pues yo la encuentro muy bien.

CAR. ¿De modo, que tu afición,
es antes que mi cariño?

VAL. Esa ya es otra cuestión.
¿No es tuyo mi corazón?
Pues entonces, no seas niño
y déjame continuar
del modo que estoy viviendo,
que yo, por saber montar
á caballo, y por cazar

presumo que á nadie ofendo.
CAR. No hay quien pueda transigir..
VAL. Ya verás tú cómo puedes.
Hoy lo dices por decir.
CAR. Más te valiera seguir
el ejemplo de Mercedes.
VAL. ¿Por lo visto, la primita
no te ha sido indiferente?
Esta es la segunda cita
que haces de ella.
CAR. Es muy bonita,
muy modesta, inteligente,
de esmerada educación...
VAL. Y la prefieres á mí.
¿No es verdad?
CAR. ¡Qué presunción!
Yo no tengo más pasión
que la que siento por tí.
VAL. No me fío. (Es muy taimada.)
(Mercedes, en traje de sociedad, entra por la derecha.)

ESCENA VI

DICHOS, MERCEDES

CAR. Mírala. ¡Qué linda viene!
VAL. ¡Qué atrocidad! ¡Descotada!
¿A dónde vas, desdichada,
de ese modo?
MERC. ¿Pues qué tiene?
VAL. Que es una barbaridad
vestirse de esa manera.
MERC. Un traje de sociedad.
¿No me está bien?
CAR. La verdad
es que está usted hechicera.
VAL. Para los hombres, es claro,
tienes así mejor vista.
MERC. Todo te parece raro.
VAL. Porque yo en todo reparo.
MERC. Entonces no andas muy lista.
VAL. ¿Qué estás diciendo?
MERC. Me admiro
de lo que has hecho.

VAL. No acierto...
MERC. Pues, que al guarda Casimiro,
hoy, en el monte, de un tiro
le has dejado casi tuerto.
VAL. ¡Valiente majadería!
¿Quién lo ha dicho?
MERC. El lo asegura.
VAL. Pues dice una tontería.
MERC. Abajo, en la portería,
le hicieron la primer cura,
y allí está. ¡Cuánto ha sufrido!
Me inspira mucho interés.
VAL. No es posible. Yo no he sido.
CAR. Oye. ¿No habrás confundido
al guarda con una res?
VAL. No da el asunto pretexto
para bromas. Déjame.
CAR. Perdona si te molesto.
VAL. Y tú si no te contesto
CAR. Muchas gracias.
VAL. No hay de qué.
¿Tú has visto á ese desdichado? (A Mercedes.)
MERC. Cuando curaban su herida.
VAL. ¿Es grave?
MERC. De algún cuidado.
VAL. Voy á ver lo que ha pasado.
Estoy de vuelta en seguida. (Se va por el foro.)

ESCENA VII

MERCEDES, CARLOS. Luego RITA.—(Empieza á obscurecer.)

MERC. La invencion hizo su efecto.
CAR. ¿No está herido?
MERC. ¡Qué ha de estarlo!
Ví al guarda; tuve esa idea,
y en seguida concertamos
entre los dos esa farsa.
CAR. ¿Y si descubre el engaño?
MERC. No lo espero. Casimiro
está bien aleccionado.
CAR. ¿Y piensa usted que por eso
desista?

MERC. ¡Qué he de pensarlo!
Mi objeto tan sólo ha sido
que mitigue el entusiasmo
que la produce la caza.
CAR. El lance la ha impresionado.
MERC. Que empiece á darla disgustos
su afición, es un buen paso
para lograr que esta noche
salga bien lo que intentamos.
(Rita entra con luces que coloca sobre un mueble.)
¿Y el salón, está dispuesto? (A Rita.)
RITA Ya está todo preparado.
MERC. Usted, á la señorita
puede esperar en su cuarto.
RITA Mejor será. (De este modo
me libraré del chubasco.)
(Se va por la izquierda.)
MERC Y nosotros allá dentro,
á esperar los convidados.
(Se van por la derecha.)

ESCENA VIII

ZACARÍAS, ridículamente vestido, con frac, sombrero de copa, corbata verde, conforme indica el diálogo, entra por el foro.

Me parece que estoy bien.
Soy atroz para vestir.
Los zapatos, sin tacón,
estirado el calcetín,
la corbata verde mar,
pantalones de París,
la chistera de Londón.
guantes de Valladolid;
esta prenda, que es un frac,
digo, me parece á mí.
El chaleco de piqué
la camisa con barniz,
y el pañuelo con olor
de extracto de pacholí.
Buena estampa por detrás,
por delante y de perfil.
Lo mismo que un lord inglés

Lo mismo que un figurín.
Zacarías, ¡coquetón!
¿quién te va á toser á tí?
(Valentina entra por el foro.)

ESCENA IX

VALENTINA, ZACARÍAS

VAL. (¡Zacarías! Dios me asista.
¿A qué vendrá este espantajo?)
ZAC. (¡Valentina! Viene sola.
¡Qué ocasión!... Yo me declaro.)
A los piés de usted... ¡Bonita!
VAL. (¡Qué facha!)
ZAC. (Ya se ha fijado.)
VAL. (Mirándole y riéndose á carcajada.)
¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!...
ZAC. (¿No lo dije?
Nada, que la dí flechazo.)
VAL. (¡Qué visión! ¡Cómo se ha puesto!)
¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!...
ZAC. (Pues claro;
ya dije yo que esta prenda (Por el frac.)
tenía que armar escándalo.)
VAL. ¡Pero, hombre! ¡Don Zacarías!
¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¿Dónde diablos
encontró usted esa ropa?
ZAC. Me costó muy buenos cuartos.
Son prendas finas.
VAL. De gusto.
ZAC. Pues por eso hay que pagarlo.
En tocante á la elegancia
yo en el precio no reparo
¿A que la gusto á usted?
VAL. Mucho.
¡Ja!... ¡ja! .. ¡ja!...
ZAC. (Si yo valgo
más de lo que se figura
la gente.)
VAL. (¡Qué mamarracho!)
ZAC. (Pero nunca me aprovecho...
y lo que es hoy... yo me lanzo.)

VAL. Está usted irresistible.
ZAC. Ya lo sé. (¿Dónde habré echado
(Buscándo en los bolsillos.)
la declaración en verso? (Sacando un papel.)
Aquí está.)
VAL. (¿Qué anda buscando?)
ZAC. (Coloca el papel dentro del sombrero, y lee á gritos.)
¡Valentina! ¡Valentina!
VAL. ¡Qué atrocidad! (Asustada.)
ZAC. ¡Valentina!
Tú eres la mujer más divina
y más guapa del mundo terrestre
y aunque me cueste lo que me cueste,
yo he de decír que no hay cómo tú ninguna.
Tú cabello es como el sol
y tienes cara de luna,
y tus dos ojos, son dos,
y es tu cutis de marfil
y tus dientes de carmín
y tú vales un tesoro
y en fin, porque en conclusión,
ó arráncame él... de Londón.
(Figura que se le corre el papel dentro del sombrero, y que lée la etiqueta de éste.)
ó ámame, porque te adoro.
(Cae de rodillas á los piés de Valentina.)
VAL. (Que desde la mitad de los versos ha comenzado á llorar.)
¡Dios mío! ¡Será posible!
ZAC. Qué es eso. (Levantándose.) ¿Está usted llorando?
¿La enternecieron mis versos?
VAL. No señor. Me han demostrado
que es cierto que el hombre viene
del orangután.
ZAC. ¡Canastos!
Un hombre de mi figura
no puede venir del...
VAL. Claro.
Usted no viene. Usted vá.
ZAC. Yo he venido...
VAL. ¿En qué quedamos?
ZAC. En lo que dicen los versos.
VAL. ¿Con que tan enamorado
se halla usted?

ZAC. Hasta las cachas.
Hoy dije: Ya que es su santo,
la voy á dar un buen día
y á eso vine hace ya un rato,
pero me encargó Mercedes
que buscase convidados
para el baile que esta noche
dá usted aquí.

VAL. Ni pensarlo.
¡Bailes en mi casa! ¡Nunca!

ZAC. Pues ya está todo arreglado
Vendrán las de Soletilla,
las chicas del boticario,
el organista don Lesmes,
el militar retirado
con sus hijas...

VAL. Se irán todos
en seguida, y á buen paso.
Yo no quiero aquí jaleos,
ni bailes, ni mamarrachos.
¡No faltaba más! (En voz muy fuerte.)
(Mercedes y Carlos, entran por la derecha.)

ESCENA X

DICHOS, MERCEDES y CARLOS

CAR. ¿Qué pasa?

VAL. A buen tiempo habéis llegado
La fiesta que habéis dispuesto
la deshacéis en el acto,
porque no he de permitirla.

MERC. Yo, por celebrar tu santo...

VAL. No quiero celebrar nada.

CAR. Perfectamente. (Da el brazo a Mercedes.)

ZAC. (¡Canastos!
¿A que me quedo compuesto
y sin novia?)

CAR. Está arreglado
en un momento el asunto.
Nosotros dos nos marchamos
para Madrid, y en seguida
ordenas á tus criados

que no entre nadie en tu casa,
y todo está terminado.

VAL. Eso es otro disparate.

CAR. Entonces, ¿cómo arreglarlo?

VAL. Ya veo que no te importa
dejarme.

CAR. No congeniamos.

VAL. Por tu genio.

CAR. Por el tuyo.

ZAC. (Desde el foro.)
Ya llegan los convidados.

MERC. ¿Qué hacer?

VAL. No tiene remedio.
Yo no saldré de mi cuarto.

MERC. Haces mal.

VAL. Nada me importa.

CAR. Si te causa desagrado,
haces bien.

VAL. Por eso mismo.
(Los dos me están engañando,
pero de mí no se burlan.)
(Se dirige á la izquierda, y al marcharse, dice con misterio á Zacarías):
Espéreme usted. Ya salgo.
(Se va por la izquierda.)

ZAC. (Con exagerado entusiasmo.)
(¡Una cita!)

MERC. (A Carlos.) Surte efecto
nuestro proyecto.

CAR. No es malo.
(Entran por el foro los convidados.)

ESCENA XI

DICHOS, CONVIDADOS, DON TRIFÓN y sus hijas RUFA, PRISCA TRINA y BRUNA. El organista DON LESMES

Música

CONVS. Muy bunas noches.

CAR. y MERC. } Santas y buenas.

CONVS. Al saludaros
tengo un placer.

Todos venimos
con gran contento,
porque cumplimos
con un deber.
Nos invitaron
para la fiesta
que en esta casa
nos da la dueña.
Hoy es su santo,
y es de rigor
felicitarla
con mucho amor.

(Don Trifón entra delante de Rufa, Prisca, Trina y Bruna, que van formadas como si fueran reclutas.)

TRIF. Don Trifón Esparraguillo,
comandante retirado. (Presentando á sus hijas.)
Rufa, Prisca, Trina y Bruna,
hijas mías y á mi mando.

(A las voces de mando de Don Trifón, obedecen sus hijas militarmente.)

¡Firmes! ¡Ar!...
El saludo á superiores.
Mano á la frente... Dos pasos.
Uno... dos... Marchen de frente.
Bien está. ¡Pelotón!. . ¡Alto!

LAS HIJAS (A Carlos y Mercedes, con la mano á la frente y cuadradas militarmente.)

A la orden de ustedes
presentes estamos.
por si nos tienen
que mandar algo.

CONVS. ¡Já!... ¡já!... ¡ja!... ¡já!...
Qué bien educadas.

TRIF. Saben de memoria
toda la Ordenanza.

CONVS. ¡Já!... ¡já!... ¡já!... ¡já!..
(Me muero de risa.)

TRIF. (A sus hijas.)
Estoy satisfecho.
Que rompan filas.

(Rufa, Prisca, Trina y Bruna, se unen al coro.)

CONVS. Como en este pueblo estamos
sin ninguna distracción,
en seguida aprovechamos

la primera invitación.
Cuando toquen, bailaremos,
cuando canten, á escuchar.
Cuando cenen, cenaremos,
es decir, si hay que cenar.
Porque tenemos
la condición
de la franqueza
sin aprensión.
Pocos cumplidos,
mucha verdad,
si nos convidan
vamos allá.
Somos así,
ya lo ve usted,
hoy á vivir
hay que aprender.
Hay que mostrar
educación,
y aprovechar
la invitación

Hablado

MERC. Vayan ustedes pasando,
sin cumplidos, al salón.
ZAC. Antes voy á presentarles,
si á usted la parece.
MERC. No.
Ya nos conocemos todos.
(A don Lesmes.)
Usted nos hará el favor
de tocar el piano.
(Hablándole á voces al oído.)
CAR. (A Zacarías.) ¿Es sordo?
LES. (Contestando á Mercedes.)
Un poquito; de afición.
ZAC. (A Carlos.)
Como una tapia.
LES. ¿Qué toco?
MERC. Lo que usted quiera.
LES. Pues voy
á tocar una preciosa...
MERC. ¿Cuál?

LES. *No me lleves á Pol.*
MERC. Lo que usted guste. Adelante.
(A los convidados.)
Pasen ustedes.
(Todos, menos Zacarías, se van por la derecha.)
ZAC. (Yo, no,
que tengo con Valentina
aquí una cita de amor.)

ESCENA XII

ZACARÍAS, luego DON TRIFÓN

ZAC. ¿Qué haré cuando venga? Creo
que ya no estoy en el caso
de andarme con ceremonias.
No la debo dar la mano,
ni decirla: Valentina,
á los pies de usted. Pues, claro.
¿No es mi novia? ¿No está loca
por mi amor? Pues, en llegando,
lo que yo decirla debo
es: chica, dame un abrazo.
(Se oye dentro el piano. Don Trifón entra por la derecha.)
TRIF. Oiga usted, señor hermoso;
¿para eso fué á convidarnos?
Allí tiene usté á mis hijas.
ZAC. (Mirando al salón de la derecha.)
Ya las veo descansando.
TRIF. Rufa, Prisca, Trina y Bruna,
no han venido á comer pavo.
ZAC. Que no lo coman.
TRIF. No bailan.
ZAC. Pues, que bailen.
TRIF. Aceptamos
la invitación, por la oferta
que usted hizo, de buscarnos
quien bailase con las chicas;
y... nada. Ya están tocando,
y allí las tiene usté á todas
en situación de reemplazo.

O las pone usté en activo,
ó le rompo á usted el cráneo.

ZAC. Si no hay quien vaya á sacarlas
¿qué he de hacer?

TRIF. Irlas sacando
usted mismo, una por una.

ZAC. ¿Que baile yo con las cuatro?

TRIF. Eso.

ZAC. Pues usted dispense.
Yo de aquí no me separo,
ni por ellas, ni por nadie.

TRIF. (Zarandeándole.)
O baila usté ó le deshago.

ZAC. Suélteme usted.

TRIF. ¡A bailar!

ZAC. Que me está usted arrugando
la pechera y la corbata.

TRIF. Y me lo como á usted.

ZAC. ¡Bárbaro!

TRIF. ¡Al salón! ¡Pronto!

ZAC. (Tratando de desasirse.) No quiero.

TRIF. (Empujándole hacia la derecha.)
¡Adentro!

ZAC. ¡Socorro!

TRIF (Haciéndole salir á empujones por la derecha.)
¡Andando!
(Se van por la derecha)

ESCENA XIII

VALENTINA, en traje de sociedad entra por la izquierda. Atraviesa la escena, mira con insistencia por la puerta de la derecha y hace ademanes de disgusto. El piano sigue oyéndose dentro

Allí están bailando juntos...
¡Ingrato! ¡Falsa! ¡coqueta!
¿Qué hablarán?... ¡Cómo se miran!
Me parece que él la estrecha
el talle más de lo justo.
¿De qué se ríe esa necia?
Y él... nada, la vista fija
siempre en el descote de ella.
Es claro, ¡si va desnuda!
(Bajándose el descote de su vestido.)

¡Qué poquísima vergüenza
tienen algunas mujeres!
Ya no bailan... Se pasean ..
¡Y siguen las miraditas!...
¿A que voy por la escopeta
y acaba á tiros el baile?
¡Me ponen la sangre negra!
¡Fíese usted de los primos!
¡De qué sirven las promesas
de amor! ¡Embusteros! ¡Falsos!
Si recordarle pudiera
la pasión que me juraba ..
(Deja de oirse el piano.)
¡Oh, qué magnífica idea!
Si canto el wals como entonces,
viene en seguida. Estoy cierta.

Música

Cual los rayos del sol
y el rocío de Abril,
que en los campos, á la flor
hacen su capullo abrir;
la hermosura y candor
de tu rostro gentil,
dan la vida al puro amor
que he sentido yo por tí.
Como la flor al nacer
y del sol gozar,
perfume su aroma
al campo le da,
hoy mi pasión, que nació
al mirarte así,
perfume de amores
espera de tí.

—

Ni la encendida amapola,
el alelí de rico olor,
ni la modesta violeta,
la margarita, ni otra flor,
tienen perfumes y encantos,
ni puede haber en su color,
tanta belleza cual tiene
el angel que me da su amor.

—

Gloria del Edén,
mi tesoro,
hoy, rendido y fiel
á tu amor,
yo te adoro
de tal suerte,
que morir prefiero yo
á perderte.

(Carlos, Mercedes, Zacarías, don Trifon y el coro, aparecen por la puerta de la derecha y sin ser vistos por Valentina, van entrando, cautelosamente en escena.)

Divina hermosura,
la pasión que yo siento por tí
hace mi ventura
y con ella he de morir.

CONVS. ¡Qué primor!
MERC. (A Carlos.) Se rindió.
CAR. Ya cambió.

—

VAL. Cual los rayos del sol
y el rocío de Abril,
son la vida de la flor,
tú me das la vida á mí.
Bella flor sin rival,
tú has de ser mi pasión;
si tu amor no me das,
moriré de dolor.

CONVS Cual los rayos del sol
y el rocío de Abril, etc.

ESCENA ULTIMA

VALENTINA, MERCEDES, CARLOS, ZACARÍAS, DON TRIFÓN y CONVIDADOS

Hablado

TODOS ¡Bravo! ¡Bravo! (Aplaudiendo a Valentina.)
CAR. (Cogiéndola la mano.)
¡Valentina!
Así es como yo te quiero.
VAL. ¿Otro amor no te domina? (Mirando á Mercedes.)
CAR. El tuyo es el verdadero.

MERC. Si le quieres conservar (A Valentina.)
has de darte mejor traza.
VAL. ¿Qué me vienes á contar?
¡Ya conozco yo esta caza!
Disparé el último tiro... (A Carlos.)
(Zacarías se interpone entre Valentina y Mercedes.)
ZAC. Y mató la última res.
MERC. } ¡Zacarías!
VAL. }
ZAC. Yo, que aspiro
á que tu mano me dés.
TODOS ¡Já!... ¡já!... ¡já!... ¡ja!... (Riendo.)
ZAC. ¡Me cazó!
VAL. Este mi esposo será. (Dando la mano á Carlos.)
ZAC. Bueno. Lo que ella perdió (Retirándose.)
otra se lo encontrará.
VAL. Acato de amor los fallos, (A Carlos.)
mi extravagancia perdona.
¡No más armas ni caballos!
Se concluyó la amazona.

Música

CAR. Soy feliz con tu amor.
VAL. Yo también soy feliz.
CAR. } Sólo anhelo, mi bien,
VAL. } en tus brazos morir.

—

TODOS

VAL. Se acabó mi afición
á cazar y correr,
que en sus lazos amor
me ha sabido prender.
CONVS. } Se acabó su afición
MERC. } á cazar y correr,
CAR. } que en sus lazos amor
la ha sabido prender.

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; d *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.